

ses ponían empeño en subrayar con sus amenazas las palabras facciosas de su jefe y, de pie sobre los bancos, exclamaban, mostrando los puños á su adversario: «¡Sí, rechazaremos con las armas los complots de los realistas!» Cuando se hubo calmado algo el tumulto, el general Bedeau y M. de Segur-d'Aguesseau protestaron el primero con gravedad y el segundo con vehemencia contra aquella audacia inaudita. Estaba reservado á M. Thiers decir la última palabra en aquel lamentable debate: «Pido que se levante la sesión, dijo, porque se ha dado el grito de *¡A las armas!* y no es digno de la Asamblea discutir después de grito semejante.» La orden del día pura y simple sobre las interpelaciones fué aprobada por 361 votos contra 203 y la proposición de acusación pasó á las secciones. La Montaña quedaba vencida en la Asamblea; pero ya no era á ésta á quien se dirigía.

En la mañana del 12 aparecieron en los diarios demagógicos una porción de proclamas como otros tantos comentarios á las palabras de Ledru-Rollín: una de la Montaña al pueblo y á la guardia nacional; otra del comité de la prensa, otra del comité de las escuelas, otra del comité electoral de los obreros tipógrafos. Los artículos de los periódicos agravaban esas provocaciones, distinguiéndose sobre todo por sus amenazas la *Democratie pacifique*, que con ello hacía poco honor á su nombre: «La Constitución, decía, ha sido violada, violada á la faz del mundo, y la mayoría de la Asamblea comenzó ayer á asociarse á esta violación. Si hoy persevera en su complicidad rechazando la urgencia de la proposición de acusación, perderá toda su autoridad y al pueblo corresponderá ver lo que haya de hacerse.»

Esto no obstante, al abrirse la sesión parlamentaria pudo observarse en los bancos de la Montaña cierta vacilación que contrastaba con los furiosos de la víspera. ¿Eran remordimientos? ¿Era el temor del peligro? ¿Era indecisión, explicable en hombres más acostumbrados á provocar la insurrección que á intervenir personalmente en ella? ¿Era quizás cierto sentimiento de compasión hacia aquel pueblo agobiado ya por la epidemia y al que se lanzaba á la guerra civil? Pocas veces había ofrecido París un aspecto más triste que en aquellas jornadas á la vez sombrías y calenturientas. En medio de todas las agitaciones que enervaban los cuerpos lo mismo que las almas, el cólera se propagaba cada día más, y por grandes que fuesen los clamores de la plaza pública no eran bastante ruidosos para ahogar el lamento contenido, pero agudo, que surgía del seno de las familias desoladas. La epidemia en aquel tiempo causó, en ciertos días, cerca de setecientas víctimas, y la muerte se cebaba así en las gentes más ilustres como en las más humildes. El día antes supose que el mariscal Bugeaud había sucumbido á la enfermedad reinante, y aunque en algunos clubs degradados causó la noticia una alegría perversa, lo mismo el país que la Asamblea se conmovieron por aquella gran pérdida. Parecía que las almas, abrumadas por el peso de aquel azote de Dios, habían de inclinarse á la reconciliación; por esto, si ha habido en el mundo una rebelión impía, fué aquella que escogía ocasión semejante. ¿Quebrantó esta impresión la resolución de los montañeses? Acerca de esto han guardado secreto su pensamiento; pero lo cierto es que cuando la orden del día puso á discusión la proposición acusatoria, solicitaron

no un debate inmediato, sino la comunicación de los documentos, como si quisieran ganar tiempo y apaciguar las cóleras. «¡Cómo!, exclamó M. Thiers. ¿Ayer estabais bastante enterados para hacer un llamamiento á las armas y hoy pedís papeles?» La proposición fué rechazada: la Montaña, derrotada una vez más por la votación, no tenía más recurso que declararse vencida ó persistir en sus intentos facciosos; este último partido fué el que adoptó quizás de mala gana, acaso también deseando que nadie respondiera á su señal.

Por la noche celebróse un último conciliábulo en la redacción de la *Democratie pacifique*, en donde se hallaban reunidos los miembros de la *Comisión de los veinticinco*, los del *Comité de la prensa* y varios diputados de la Montaña; allí acudieron también algunos de los antiguos *delegados del Luxemburgo*, que habían husmeado disturbios próximos, y compareció finalmente un delegado de la *Sociedad de los amigos de la Constitución*, sociedad compuesta de antiguos constituyentes no reelegidos. Ledru-Rollín, Félix Pyat y Considerant redactaron un proyecto de proclama al pueblo francés, proyecto que al principio pareció poco acentuado y que no se aprobó sino después de ciertos retoques. En aquella proclama, los montañeses recordaban que el presidente de la República y los ministros, haciendo la guerra sin el consentimiento de la Asamblea nacional y atentando contra la libertad del pueblo romano, habían violado dos veces la Constitución, y que la demanda de acusación contra el poder ejecutivo había sido rechazada por la mayoría de la representación nacional: «¿Qué debe hacer la minoría en esta coyuntura? Después de haber protestado en la tribuna, no le queda más recurso que recordar al pueblo, á la guardia nacional y al ejército, que el artículo 110 confía el depósito de la Constitución á la custodia y al patriotismo de todos los franceses...» Convínose en que al pie de este manifiesto se pondrían los nombres de ciento veintidós diputados de la Montaña conocidos por sus opiniones exaltadas y que dos días antes habían firmado cierto llamamiento á la democracia alemana. Después de esto, los periodistas se llevaron el documento para hacerlo imprimir. Durante aquella misma noche del 12 de junio, un capitán de la legión de artillería, llamado Schmitz, reunía en el picadero Pellerier, en el arrabal de San Martín, á un gran número de guardias nacionales á pretexto de un escrutinio preparatorio para la elección de un coronel, se concertaba con ellos para organizar una manifestación al día siguiente, y llevando su audacia aún más allá, redactaba un aviso convocando á todas las legiones del Sena para que se congregasen á las once de la mañana, de uniforme y sin armas, en el Chateau-d'Eau á fin de dirigirse desde allí á la Asamblea legislativa y protestar en favor de la Constitución violada. Como se ve, la Montaña invitaba á la sedición y supuestos delegados de la guardia nacional daban cita á los sediciosos; todo anunciaba que nuestros fastos revolucionarios se enriquecerían el 13 de junio con una nueva jornada.

### III

El día 13, al amanecer, notóse una agitación extraordinaria en las inmediaciones del Chateau-d'Eau y en el bulevar del Temple. Varios agitadores preparaban la

manifestación recorriendo el barrio y dando gritos sediciosos. «Esta tarde despojaremos al presidente, decían á los obreros que iban á su trabajo; estará con sus ministros en Vincennes; mañana les tocará el turno á Changarnier y á Cavaignac; pasado mañana despojaremos á los aristócratas (1).» Cerca de las nueve y media, diversos grupos, poco numerosos al principio, pero luego muy compactos, se dirigieron al punto de reunión. A las diez y media un gentío bastante considerable se hallaba estacionado en los alrededores del Chateau-d'Eau y de la alcaldía del quinto distrito. Lacrosse, ministro de Obras públicas, que se había aventurado á caballo por los bulevares para darse cuenta de las fuerzas del motín naciente, fué conocido y asediado por la muchedumbre, y salvóse gracias á la protección del señor Gent, ex representante, ayudado de un oficial de la guardia nacional. Dos oficiales de Estado mayor, enviados por el ministro del Interior con igual objeto, tampoco pudieron conseguirlo. A las once y media, Esteban Arago, jefe del batallón de la tercera legión, llegó de uniforme y se juntó con los manifestantes. Poco después aparecieron el teniente coronel Périer, el capitán Schmitz y otros. A las doce el cortejo, compuesto de unas seis mil personas, se puso en marcha bulevares abajo. Al frente iban Esteban Arago, los oficiales de la guardia nacional y los delegados de la quinta legión, seguidos de varios ex constituyentes, entre los cuales figuraban Gent, Bastide y Raynal. Los delegados del comité de las Escuelas iban en segunda fila. Clubistas, obreros y muchachos de once ó quince años formaban la retaguardia. Hasta algunos inválidos se habían agregado á la columna; y era un triste espectáculo el que ofrecían aquellos veteranos medio borrachos, dando gritos incoherentes. Al llegar delante del puesto de guardia del bulevar Bonne Nouvelle, se intimó al sargento Terré, que lo mandaba, que entregase las armas. «Mis armas están tan bien en mis manos como en las vuestras,» contestó enérgicamente el bravo militar. Los manifestantes prosiguieron su camino. Muchos de ellos daban gritos de «¡viva la Constitución! ¡viva la Montaña! ¡viva la República romana!» A pesar de estos llamamientos, la población permanecía tranquila, siendo más bien hostil que partidaria del movimiento. El grupo marchaba hacia el palacio de la Asamblea. Aquel día no se celebraba sesión, y los promovedores de la manifestación no lo ignoraban, pero la cuestión era agitar á las masas, aunque no se supiese adónde conducirlas.

Mientras tanto, el gobierno velaba. El general Changarnier se había encargado de asegurar el orden público y se podía confiar en él. El día antes había concentrado en París, Villejuif y Bondy las guarniciones de los suburbios. El 13, por la mañana, numerosas tropas, preparadas á todo acontecimiento, fueron reunidas en la plaza del Carrousel y en el jardín de las Tullerías. Eran las doce y media cuando el general en jefe se enteró de que los facciosos habían partido del bulevar del Temple, y que la cabeza de la manifestación no tardaría en llegar á la calle de la Paz. Changarnier salió inmediatamente del cuartel general de las Tullerías, lleno

de confianza en el próximo aplastamiento de la sedición. Formóse una columna compuesta de dos regimientos de dragones, un batallón de gendarmería móvil y tres batallones de cazadores de infantería. Esta columna fué conducida hacia el bulevar por la calle de Castiglione y la plaza Vendôme, al mando del mismo general en jefe. Con su acostumbrada precisión y sangre fría, éste había calculado que sus regimientos desembocarían de la calle de la Paz en el momento de desfilar los facciosos por el bulevar de Capuchinas, y que el cortejo podría ser fácilmente dividido y dispersado sin disparar un tiro. Los hechos justificaron este cálculo. Al llegar á la cabeza de sus soldados, Changarnier encontró el bulevar atestado de gente. Hechas las intimaciones de ordenanza, las tropas barrieron las apretadas filas de manifestantes, unas hacia la Magdalena y las otras hacia la Bastilla. Los dragones ocupaban el arroyo, mientras los gendarmes móviles y los cazadores de infantería empujaban hacia las calles adyacentes á los amotinados que buscaban un refugio en las aceras.

Por la parte de la Magdalena, en un abrir y cerrar de ojos, el bulevar fué despejado hasta la *rue Royale*. Por el lado opuesto hubo algunos conatos de resistencia. En las esquinas de las calles Laffitte y Grange Batelière y en los bulevares de Montmartre y Poissonnière principiáronse algunas barricadas con sillas de los cafés y coches de plaza volcados. Arrojáronse piedras y disparáronse aún algunos tiros contra las tropas; hasta se trató de saquear, en la calle del Helder, la tienda del armero Dewismes. Pero el arrojamiento de los soldados en cargar contra los manifestantes impidió que los facciosos se concentrasen en parte alguna. El general Changarnier detuvo su columna en la puerta de San Martín. Para evitar todo regreso ofensivo mandó ocupar las casas de las esquinas de las principales calles, como también el Círculo de los Amigos de la Constitución. A las dos, el bulevar estaba completamente libre, y los amotinados, acosados por todas partes, no tenían más remedio que meterse por las calles inmediatas llamando al pueblo á las armas, llamamiento raramente escuchado por la población indiferente ó sorprendida (2).

Aquella jornada vió producirse un segundo conato de sedición, más grave, desde ciertos puntos de vista, y más criminal que el primero.

Los representantes de la Montaña se habían reunido muy temprano en gran número en el acostumbrado local de sus conciliábulos, calle del Hasard, número 6. Allí afluyeron, á partir de las nueve, consejeros de toda clase, guardias nacionales, periodistas, miembros del comité de los Veinticinco. Reinaba gran incertidumbre, pues Ledru-Rollín, á quien la demagogia aceptaba cada vez más por jefe, era tan tibio en la acción como fogoso en el hablar. Súpose la formación del cortejo en el Chateau-d'Eau y su marcha por el bulevar. Por descabellada que fuese la empresa, no pareció posible abandonar aquel pueblo empujado á la rebelión. Acordaron ir al Conservatorio de Artes y Oficios, enclavado en el barrio clásico de los antiguos motines, donde se halla-

(2) Alto Tribunal de Versalles: Proceso de los acusados del 13 de junio; acta de acusación y declaraciones de Robín, Tisserand, Saint-Aubin, Goyón, Guy, etc. (*Gazette des Tribunaux*, 14, 18 y 19 de noviembre de 1849). Informe del general Changarnier sobre los sucesos de junio (*Monitor* de 1849, pág. 2103).

(1) Alto Tribunal de Versalles. Proceso de los acusados del 13 de junio; declaración de Revel (*Gazette des Tribunaux*, 18 de octubre de 1849).

rían al alcance de la quinta y sexta alcaldías, cuyas legiones eran favorables á la causa democrática. Entre una y dos de la tarde, los Montañeses, con Ledru-Rollín al frente, salieron del local de sus reuniones y se trasladaron desde luego al Palais-Royal. Su tentativa hubiera sido irrisoria, si no hubiesen tenido una fuerza armada para escoltarlos. Esta fuerza armada la encontraron en el jardín del Palacio, donde estaba acampado Guinard con la legión de artillería.

Guinard, coronel de la artillería de la guardia nacional, había dado tiempo atrás pruebas de fidelidad á la causa del orden. Aunque irritado contra la nueva política y persuadido de que se había violado la Constitución, sus amigos no le creían capaz de sublevarse. Desgraciadamente, todo contribuyó aquel día á convertirlo en faccioso. La legión de su mando estaba animada del peor espíritu, y el lenguaje que oía en torno suyo era más propio para excitarlo que para contenerlo. Aquella misma mañana había sido retirado á sus tropas su puesto de confianza que hasta entonces habían ocupado en las Tullerías; medida que aumentó el descontento general. Entre doce y una llegó una orden del Estado mayor para que las baterías fuesen retiradas á sus cuarteles respectivos. Circulaban rumores de represión violenta y de golpe de Estado. Guinard, muy crédulo y algo débil, tomó por ciertos aquellos rumores, y en vez de mandar retirar su tropa, la tuvo reunida en el jardín del Palais-Royal. Momentos después llegaron los manifestantes del bulevar gritando: «¡A las armas!» y refiriendo con vivas muestras de indignación la dispersión de su cortejo (1). En esto aparecieron Ledru-Rollín y sus colegas. La presencia y el lenguaje de los representantes acabaron de hacer perder al pobre coronel el sentimiento de la disciplina y del deber. Agrupó á sus artilleros, les anunció que la Constitución era violada y les exhortó para que acompañaran á los diputados al Conservatorio; añadió, sin embargo, que cada cual era libre de asociarse al movimiento ó de repudiarlo. Más tarde afirmó ante los jueces que quiso facilitar una protesta de la Montaña, pero no ayudar á una insurrección. Algunos artilleros se retiraron: el pueblo les insultó tratándoles de *blancos*. Ledru-Rollín arengó á los que se quedaron y su discurso fué saludado con los gritos de «¡viva la Montaña!» Luego el cortejo, compuesto de veinte ó veinticinco representantes, casi todos con su fajín puesto, de unos ciento cincuenta artilleros y algunos obreros, se puso en marcha hacia el Conservatorio (2).

Para llegar á él, los manifestantes atravesaron los barrios más turbulentos, y, sin embargo, recibieron en ellos pocas demostraciones de simpatía.

Eran las dos y media cuando llegaron á la puerta del Conservatorio que da á la calle de San Martín. «¡Abrid en nombre de la Constitución!» gritaron los manifestantes. Abrióse la reja y el cortejo penetró en el primer patio. El edificio estaba guardado por siete ú ocho guardias nacionales de la sexta legión y por quince cazadores del 18.º ligero, fuerza suficiente para un servicio de policía, pero no para una resistencia eficaz. Los guar-

(1) Carta del coronel Guinard al *National* (*National* del 23 de junio de 1849).

(2) Alto Tribunal de Versalles; proceso de los acusados del 13 de junio.

días nacionales se retiraron á la alcaldía, y respecto á los cazadores, los representantes Boichot y Rattier, ambos sargentos de infantería, se les acercaron intimándoles que depusieran las armas y entregasen sus cartuchos. Mandaba el retén el sargento Tronche, que sin vacilar negóse á rendir las armas. «No queremos causaros daño alguno, dijo Boichot; queremos defender la República y la Constitución.—Nosotros también,» replicó Tronche. Los representantes trataron otra vez de sobornar á los soldados, pero sin conseguirlo, y el sargento Tronche, esperando órdenes, replegóse con sus hombres en uno de los patios interiores (3).

Dirigía entonces el Conservatorio de Artes y Oficios el Sr. Pouillet, sabio ilustre, entregado por completo á los estudios tranquilos y más celoso de la integridad de sus colecciones que versado en la política. Su sorpresa fué grande al enterarse de la invasión de su establecimiento; sorpresa que se convirtió en verdadero estupor cuando, habiendo bajado al segundo patio, encontróse en presencia de los representantes de la Montaña con sus fajines, los artilleros de la guardia nacional con sus penachos encarnados y varios grupos de hombres del pueblo que llenaban el edificio de tumulto y ruido. «¿Qué queréis?, preguntó á Ledru-Rollín.—Un asilo.—Idos con vuestra bandera á otra parte.—Nos acosan á sablazos por el bulevar y por las calles.—El Conservatorio no os salvará (4).» Hablando así, Pouillet daba á los montañeses el más prudente de los consejos. No había posición más difícil de defender que aquel edificio. La verja del jardín era fácil de forzar; la tapia que lo cerraba por la calle de San Martín carecía de solidez. Las ventanas de las casas de esta calle y de la del Vert-Bois dominaban los patios y formaban otras tantas aspilleras desde las cuales se podía hacer caer una lluvia de balas sobre el establecimiento. Sólo la insurrección de todo el barrio hubiera podido hacer sostenible aquella posición, y nada anunciaba una insurrección semejante. Pero los montañeses no disponían de otro refugio, é insistieron para que se les admitiese en aquél. Después de haberles demostrado nuevamente la inutilidad de su tentativa, Pouillet se resignó á abrirles el antiguo anfiteatro.

Reunidos en número de unos veinticinco en dicho anfiteatro, los representantes de la Montaña trataron en seguida de abrir una deliberación regular. Mientras tanto, los artilleros de la guardia nacional y los manifestantes que les habían seguido procuraban ponerse en estado de defensa. Pusieronse centinelas en todas las puertas. Acumuláronse piedras, toneles y maderas para reforzar la tapia en sus puntos más débiles ó construir barricadas interiores. Algunos individuos de la *Sociedad de los derechos del hombre* y del comité de los *Veinticinco*, que habían acudido, recorrían el edificio, estudiando sus recursos, disposiciones y salidas; entre ellos figuraban Napoleón Lebón, Chiprón, Cantagrel y Villain, que se habían señalado en los disturbios civiles. En el exterior del edificio empezaban á formarse grupos, poco numerosos, pero muy exaltados y compuestos, en parte, de restos de la manifestación del bulevar. «La Convención

(3) Alto Tribunal de Versalles: declaración de Tronche (*Gazette des Tribunaux*, 21 de octubre de 1849).

(4) *El Conservatorio de Artes y Oficios durante la jornada del 13 de junio*, por M. Pouillet, pág. 6.

se encuentra en el Conservatorio de Artes y Oficios, decían; hay que ir á defenderla (1).» Las rejas se abrían de vez en cuando para franquear el paso á hombres armados. Por último, se construyeron algunas barricadas de poca resistencia en las calles inmediatas y principalmente en la de San Martín.

A pesar de aquel aparato de resistencia, la confusión y el apuro eran grandes. El barrio no se sublevaba, y la llegada de tropas era inminente. La irresolución reinaba entre los diputados de la Montaña. Habían abandonado el antiguo anfiteatro para refugiarse en la sala de dibujo llamada de los *Hilados*. La inquietud aumentaba por momentos. Dudaban entre permanecer encerrados en el Conservatorio ó lanzarse á la calle para excitar al pueblo á que se levantase en armas. Avisos procedentes del exterior aconsejaban á los representantes que se exhibiesen á las masas con sus insignias. Considerant quería que se saliese al encuentro de los manifestantes del bulevar y se fuese á la alcaldía próxima á fin de sublevar á la guardia nacional (2); pero la manifestación del bulevar hacía tiempo que había sido dispersada, y la guardia nacional permanecía tranquila. Esperábase con impaciencia al coronel Forestier, que mandaba la sexta legión y con cuyo concurso se contaba; pero el coronel Forestier recorría en aquel momento su distrito, recomendando la tranquilidad y la destrucción de las barricadas, sin dejar de hacerse aclamar por los facciosos, como hombre indeciso que espera venir los acontecimientos. Al fin, algunos representantes que no quisieron dejarse sitiar en el Conservatorio, se lanzaron á la calle para ver si lograrían iniciar un levantamiento general. El representante Beyer, seguido de un alumno de la Escuela de Belfort y de unos treinta hombres, se dirigió hacia la calle de San Dionisio y el puesto de guardia de los Baños de San Salvador. El representante Jeannot, en compañía del teniente coronel Périer, partió para Belleville. El representante Suchet se fué á la alcaldía del sexto distrito. Ninguna de estas tentativas tuvo éxito. Beyer fué preso y soltado después. Jeannot no pudo obtener del alcalde de Belleville que mandase tocar llamada. Suchet, menos afortunado aún que sus colegas, fué acogido con gritos hostiles y llevado prisionero á la Asamblea nacional. Los diputados que se habían quedado en el Conservatorio se limitaban á escribir á sus amigos de provincias algunas cartas de que la autoridad se incautó más tarde: redactaron también un llamamiento á las armas que fué impreso en la calle Coq-Héron y fijado á la caída de la tarde en las calles de Chapón y la Jussienne (3).

Aquella mísera intentona tuvo pronto el fin fatal que le estaba reservado. Acudió la fuerza pública; desde luego llegó una compañía de la sexta legión, que atacó la barricada de la calle de San Martín y llegó al Conservatorio. Sin entrar en él, cambió algunos tiros con los artilleros agrupados á la entrada del edificio y con una partida de insurrectos apostada en la calle de Greneta; llegaron después cuatro compañías del 62.º de línea

(1) *El Conservatorio de Artes y Oficios durante la jornada del 13 de junio*, por M. Pouillet.

(2) Considerant, *Le 13 juin* (Extracto del *Débat social* de Bruselas).

(3) Alto Tribunal de Versalles: Proceso de los acusados del 13 de junio.

procedentes del bulevar de los Italianos; atraídas por el tiroteo de la sexta legión, pasaron la barricada y se dirigieron rápidamente hacia el Conservatorio. Una de las compañías penetró en el interior, á pesar de los esfuerzos de los artilleros que querían cerrar la reja. Siete representantes que se encontraban en la calle ó en los patios fueron inmediatamente presos; éstos eran Maigne, Daniel Lamazière, Fargin-Fayolle, Pilhes, Boch, Deville y Vauthier; luego los granaderos se dividieron en dos secciones para recorrer patios y salas y traer á la puerta principal á los sediciosos que hicieran prisioneros. Habíase dado ya el grito de alarma. «¡La tropa!» gritaban por todas partes. Artilleros, individuos de la *Sociedad de los derechos del hombre*, amotinados de toda clase no pensaron más que en huir. La mayor parte de ellos escaparon por la puerta que da á la calle Vaucanson, esquina á la del Vert-Bois. Los representantes no se apresuraron menos á escabullirse. Rompiendo los cristales, saltaron por las ventanas de la sala de hilados y huyeron por el jardín, escalando unos la tapia de la calle de Breteuil y evadiéndose otros por una reja situada al extremo Sur de la calle Vaucanson. Una vez fuera del Conservatorio, no pensaron más que en buscar un refugio, esperando la hora propicia para pasar la frontera. Entre los agitadores tan cuidadosos de ponerse en salvo se encontraba Ledru-Rollín; Ledru-Rollín que en aquella jornada, la última de su vida pública, dió la medida de su debilidad y de su incapacidad (4).

Guinard fué el único que no quiso apelar á la fuga; quiso mantenerse firme en el puesto á que le había conducido su mala suerte; rehusó de pronto el refugio que Pouillet le ofrecía en su propia habitación, por temor de comprometerlo, pero cedió al fin á sus reiteradas instancias; media hora después, partió en coche para el Estado mayor. Y partió sin que nadie le molestase; porque en el momento de huir los representantes, los soldados del 62.º habían recibido la orden de ir á la calle de Transnonain, donde se habían levantado barricadas, de modo que el Conservatorio quedaba desierto. Una hora después acudió un destacamento del 24.º de línea, que practicó un registro completo en el interior del edificio: sólo encontró en él unos cuantos fusiles y cartuchos, una pistola, varias cartas empezadas y un kepis de sargento que por el número del regimiento se supo que era del representante Rattier.

La ocupación del Conservatorio por la tropa no había pacificado enteramente el barrio. En varios puntos se alzaban algunas barricadas, que fueron destruídas aquella misma tarde, pero á costa de siete insurrectos muertos y dos soldados heridos (5). El resto de la ciudad había permanecido en calma, salvo un breve conato de motín, ocurrido en la plaza de San Sulpicio (6).

Así terminó, antes de que expirase el día, aquella insurrección que hubiera podido ser tan grave y que abortó tan miserablemente. El fracaso no se debió únicamente á la activa previsión del general Changarnier, que desconcertó desde un principio á los perturbadores; debióse también al espíritu de la población parisiense,

(4) Alto Tribunal de Versalles: Proceso de los acusados del 13 de junio.—M. Pouillet, *El Conservatorio de Artes y Oficios durante la jornada del 13 de junio*, págs. 17 á 19.

(5) Parte del general Changarnier (*Monitor*, pág. 2.103).

(6) Idem.

que no prestó á los revoltosos el apoyo complaciente que en otras ocasiones les había prestado. Habiendo salido por la tarde el presidente de la República fué saludado con calurosas aclamaciones, tan calurosas que, según dicen, aquella popularidad le embriagó un instante (1).

La Asamblea no se mostró menos favorable á la política de resistencia. No había de celebrarse sesión el día 13 de junio; pero, en vista de los acontecimientos, convocóse á domicilio. Abierta la sesión á las dos y media, Odilón Barrot pidió la permanente. Momentos después, habiendo recibido una esquila de Dufaure en que le anunciaba la ocupación del Conservatorio por Ledru-Rollín y sus amigos, reclamó el estado de sitio. El Parlamento no vaciló en votar aquella medida de salud pública. No solamente se asociaron á ella los conservadores, sino que también los republicanos moderados y particularmente Cavaignac, que rompió abiertamente con la extrema izquierda. Pedro Leroux insinuó que el estado de sitio establecido en 1848 precipitó la caída de los que lo habían solicitado. «No, exclamó Cavaignac, no caímos del poder; bajamos de él.» Y volviéndose hacia los bancos de la Montaña, aquel día casi desiertos, pronunció estas palabras memorables: «Si no habéis llegado á inspirarme un sentimiento de terror, me habéis inspirado un sentimiento de dolor, sí, un sentimiento de profundo dolor. ¿Queréis, en fin, que os diga una palabra? Sois republicanos antiguos, y si yo lo dijera de mí, quizás me negaríais este título. Es verdad que no trabajé en favor de la República antes de su fundación, no sufrí por ella, y lo siento, porque hoy lo tendría á mucha honra. Pero cuando la República vino, la saludé con mi respeto y mi abnegación; la serví, y no serviré otra cosa, ¿entendéis? (Bravos y aplausos unánimes y prolongados.)

»Yo he hecho más que servir á la República; la he gobernado; es un depósito de honor que conservé, no como un título, sino como una obligación, como un deber, y que entregaré puro y sin debilidad alguna al juicio de la posteridad. (Nuevos aplausos.)

»Pero lo que ahora digo es un derecho que me doy respecto á vosotros; sí, un derecho, y por esto os digo que me inspiráis un dolor profundo.

»Entre vosotros y nosotros se trata de ver quién sirve mejor á la República, ¿no es cierto? Pues bien, mi dolor es que la servís muy mal. Espero, para bien del país, que no está destinada á perecer. (De todas partes: ¡No! ¡no!) Pero si estuviésemos condenados á semejante dolor, tened muy presente que daríamos la culpa á vuestras exageraciones y á vuestros furores.» (Aplausos unánimes y redoblados.)

Las aclamaciones que saludaron este discurso eran un elocuente testimonio de las disposiciones del auditorio. Y hubo más. En el acto votóse el procesamiento de Suchet, preso en la alcaldía del sexto distrito, y de los otros siete representantes hechos prisioneros en el Conservatorio de Artes y Oficios.

En el seno de la población parisiense, aquella enérgica reprobación del desorden se acentuó durante la

(1) «Sí, general, decía por la noche, entre serio y jocoso, el presidente de la República al general Changarnier; sí, la jornada ha sido buena; pero me habéis hecho pasar muy rápidamente por delante de las Tullerías.» (Barrot, *Memoires*, tomo III, pág. 303).

noche al extremo de traducirse en actos de represalias. Un decreto acababa de suspender seis periódicos, entre ellos *La Verdadera República*, *El Pueblo* y *La Democracia pacífica*. Los guardias nacionales fueron á la redacción de estos periódicos, y no satisfechos con cerrarlas, las saquearon en parte. Esta pequeña venganza (condenable como todas las venganzas, pero bastante inofensiva si se tiene en cuenta el mal que aquellos diarios habían desencadenado), esta pequeña venganza, decimos, demostraba mejor que nada cuán impopulares se habían hecho los proyectos de los facciosos.

## IV

Aun después de sofocada la sedición en París, no quedaba disipado todo motivo de inquietud, porque podía temerse que aquel movimiento estuviera combinado con otros movimientos análogos preparados en toda Francia; y que estas aprensiones no eran vanas lo demostraron los despachos que llegaron en los días siguientes. En Estrasburgo, el 14 de junio, varios carteles recordaron la violación de la Constitución y llamaron á las armas (2); en Tolosa, el 11 y el 12 de junio, formáronse grupos en la plaza del Capitolio y aun se dijo que en los comités democráticos de aquella ciudad se distribuían ya los puestos como si la República radical estuviera ya en vísperas del triunfo (3). En Perpiñán reinaba la más viva agitación, circulando de mano en mano las cartas de los diputados de la Montaña y propalándose incesantemente noticias de las derrotas sufridas delante de Roma. El 13 de junio por la noche, cuando la autoridad expuso al público el primer despacho anunciando las demostraciones callejeras, prodijose una emoción extraordinaria y varios delegados penetraron en la Prefectura en solicitud de que los despachos les fuesen comunicados y de que los puestos militares servidos por tropas de línea lo fueran por la guardia nacional, habiendo sido precisa la intervención de un batallón de infantería para disolver los grupos hostiles (4). Finalmente, en el Allier la insurrección revistió un carácter insólito: en la noche del 14 al 15 de junio tocóse á rebato en muchas aldeas del cantón de Uriel, como Nocq, Courçais y Chapeland, cuyos habitantes se levantaron al grito de «¡abajo los blancos!, ¡vivan los rojos!» Dábase el nombre de blancos, según dijo posteriormente un testigo ocular, á los que no tomaban parte en los banquetes democráticos y querían vivir trabajando. Llenos de terror, los blancos se refugiaron en el bosque vecino, y en el entretanto formáronse partidas que parecían obedecer á un tal Fargin-Fayolle, alias Sommerat, y á un tal Vicente de Boussac, y que fueron engrosando por el camino hasta alcanzar la cifra de ochocientos hombres, la mayor parte armados de hoces y de escopetas. Por la mañana, aquellas bandas sediciosas se reunieron en un lugar desierto denominado la Brande-des-Mothes, en donde comieron y descansaron

(2) Tribunal Supremo de Versalles: Proceso de los acusados del 13 de junio; acta de acusación.

(3) Tribunal de los Asises del Alto Garona: Disturbios de Tolosa; acta de acusación (*Gazette des Tribunaux*, 15 de diciembre de 1849).

(4) Tribunal de los Asises del Aveyrón: Disturbios en Perpiñán (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de diciembre de 1849).

mientras esperaban el correo de París; pero en vista de que las noticias eran, al parecer, desfavorables, la partida se dispersó espontáneamente y la calma más absoluta sucedió á este extraño levantamiento armado (1).

Todas aquellas agitaciones locales se calmaron sin derramamiento de sangre: sólo una ciudad vió encenderse en su seno el fuego de la guerra civil, la ciudad de Lyon.

Lyon, tan perturbada en 1848, seguía siendo la tumultuosa ciudad manufacturera, tan propicia al motín. A principios de 1849 contábanse en ella 132 clubs (2) y reinaban allí cuatro grandes asociaciones políticas: la de los *Carbonarios*, la de los *Derechos del hombre*, la de los *Mutualistas* y la de los *Voraces*, todas las cuales tenían como programa la República democrática y social (3). La presencia del mariscal Bugeaud, sus consejos y su energía habían por un instante devuelto el valor á la gente de orden; pero desgraciadamente aquella mejoría había sido pasajera, pues los acontecimientos de Roma, las elecciones legislativas, los discursos de la Montaña, todo excitaba los ánimos. A pesar de los embargos, de los arrestos preventivos y de los rigores de toda clase, la prensa no cesaba de predicar la sedición. En el ejército se realizaba una propaganda páfida, y de uno de los regimientos, el 2.º ligero, hasta se decía que era de fidelidad dudosa, tanto que la autoridad militar pensaba alejarlo de allí. Y la espera de una próxima sublevación en París añadía á tantas causas de inquietud un motivo más de alarma.

El 14 de junio, la agitación fué todavía mayor que de ordinario. El estado de la atmósfera había impedido, así por lo menos se afirmaba, recibir los despachos telegráficos de la capital, y esta incertidumbre mantenía las más facciosas esperanzas. Durante todo el día los *Voraces* estuvieron reunidos en sesión permanente en la Croix-Rousse, mientras grupos tumultuosos recorrían las calles, hasta que habiendo circulado al anochecer el rumor de que acababan de llegar despachos oficiales, nombróse una comisión de periodistas para que pidieran la comunicación de los mismos. Era entonces prefecto del Ródano M. Tourangin, uno de esos prefectos enérgicos á quienes la previsora prudencia de M. León Faucher había dejado en sus puestos, á pesar de los clamores de la Montaña. «No debo dar cuenta á nadie de los despachos que recibo, dijo á los delegados, y puedo publicarlos ó reservarlos, según me parezca; sin embargo, después de dejar bien sentado mi derecho, no tengo inconveniente en declararos que no he recibido noticia alguna.» Y en vista de que los delegados insistían, replicóles M. Tourangin, al mismo tiempo que los despedía: «Os repito que no tengo en mi poder ningún despacho.» «Ahora ya sabemos lo que hemos de ha-

(1) Aquellos de nuestros lectores que tengan curiosidad por conocer en sus detalles esa tentativa de *jacquerie agrícola*, prelude de las tentativas más graves de 1851, pueden consultar con provecho la memoria del proceso de los insurrectos del Allier.—Tribunal de los Asises de Puy-de-Dôme, audiencia de 17 de noviembre de 1849 y siguientes (véase *Gazette des Tribunaux*, números de 21 de noviembre de 1849 y siguientes).

(2) Declaración de M. Faucher, 5 de febrero de 1849 (*Moniteur* de 1849, pág. 386).

(3) Consejo de guerra de Lyon: insurrección de 15 de junio de 1849; declaración de Galerne, comisario central (*Gazette des Tribunaux*, 2 de diciembre de 1849).

cer,» dijo Juif en tanto que se retiraban (4); y una hora después repartíase por las calles el diario *Le Républicain*, que encabezaba el número con el despacho siguiente:

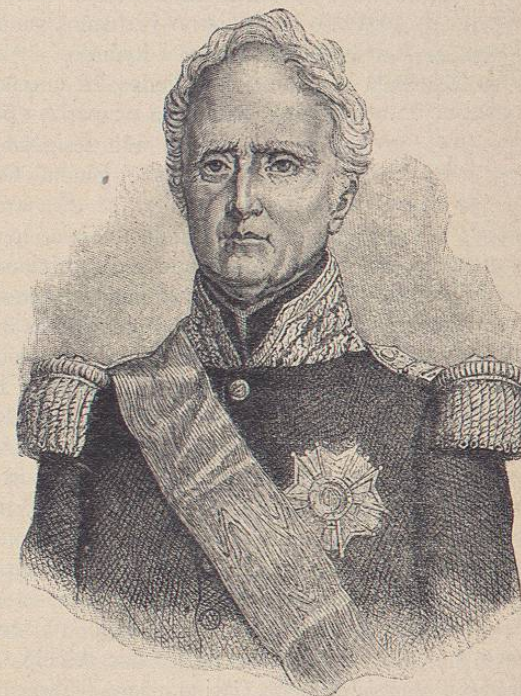
«París, 11 de junio.

»La Montaña se ha constituido en Convención nacional.

»El pueblo de París responde al llamamiento de los representantes.

»Se ha acordado la prisión del presidente y de sus ministros.»

La lectura de esta noticia produjo una alegría inmensa. Las gentes se arrancaban de las manos el periódico,



El mariscal Bugeaud

que era leído á la luz de los reverberos, pues durante estas agitaciones había cerrado la noche; formáronse grupos en la plaza de los Terreaux, y se organizaron varias partidas, de las cuales unas se arrojaron sobre las Casas Consistoriales tratando de apoderarse de ellas, y otras se encaminaron á la Escuela veterinaria, se hicieron abrir las puertas del edificio y se llevaron consigo algunos jóvenes á la Croix-Rousse. Así terminó aquella jornada que hacía prever para el día siguiente una verdadera insurrección.

El 15 de junio, desde las cinco de la mañana sonó el toque de llamada en la Croix-Rousse. El 2.º ligero, con el cual contaba la demagogia, había recibido el día antes la orden de marcha; pero calculando los sediciosos que había de hacer alto á cuatro kilómetros de la ciudad, en Saint-Rambert-l'Íle-Barbe, dirigióse hacia aquel punto una partida de dos ó trescientos hombres con la esperanza de apartar á los soldados de su deber y de conquistar de este modo preciosos elementos para la causa del desorden. Por fortuna el regimiento había

(4) Proceso de los insurrectos de Lyon; declaración escrita de M. Tourangin, prefecto del Ródano (*Gazette des Tribunaux*, 3 de diciembre de 1849).